

LIBROS

La segunda salida de «Palabra sobre palabra»

Con el título de «Palabra sobre palabra» (1), Angel González ha vuelto a reunir todos sus libros anteriores. La primera edición tuvo lugar en 1968. La actual se encuentra enriquecida con «Breves acotaciones para una biografía» (Las Palmas, 1969) y «Procedimientos narrativos» (Santander, 1972).

«Manifestación tardía de una vocación temprana», Angel González nació en Oviedo en 1925. Su primer libro, «Aspero mundo» (Madrid, 1956), obtuvo un accésit en el Premio Adonais de 1955. «Sin esperanza, con convencimiento» (Barcelona, 1961) y «Grado elemental» (París, 1962), especie de cartilla poética que mereció el Premio Machado, le colocan junto a un grupo de poetas (José Angel Valente, Claudio Rodríguez, Jaime Gil de Biedma, etcétera), al lado de los cuales alcanzaría su madurez. En 1965 publica un íntimo folleto, «Palabra sobre palabra», y en 1967, «Tratado de urbanismo».

Título significativo, «Palabra sobre palabra» viene a darnos una de las claves del poeta: su seguridad, su conciencia profesional, su acumulación lenta, elaborada, de cada una de las palabras, hasta conseguir la construcción de un edificio poético de gran importancia.

«Aspero mundo», su primer libro, tiene ya ese tono sencillo, coloquial, directo, y el afán

(1) «Palabra sobre palabra». Barral Editores. Barcelona, 1972.

de precisión, de lógica, que presidirá toda su obra. Como si a la asimilación del objetivo Pedro Salinas se uniera el prosaísmo de Gabriel Celaya. Pero aún hay otras afinidades con poetas, como Antonio Machado y Blas de Otero. Por otra parte, «Aspero mundo» representa el conflicto juvenil entre realidad y deseo, entre un mundo existente injusto y cruel y un mundo deseado, hermoso y apacible.

Poeta preocupado del valor y de la valía del arte, de su función y justificación; poeta para el que «una simple motivación estética no es pretexto para publicar un libro», sus palabras están cargadas de un grave acento crítico, con intenciones de modificar la realidad o de testimoniar sobre ella para combatirla. Su poesía se tiñe así de una ironía penetrante, brumosa, que irradia de todos sus poemas y los



Angel González.

envuelve en una comprensiva sonrisa.

«Sin esperanza, con convencimiento» se abre para ofrecernos un testimonio personal sobre un tiempo injusto: «Otro tiempo vendrá distinto a éste». Distinto a los duros días en que toda conexión con la Historia aparece rota por el cataclismo de la guerra civil. El poema «El campo de batalla» se nos muestra así como un resumen de toda la infinita soledad del hombre en una tie-

rra convertida en campo de batalla:

Algunos se murieron,
como dije,
y los demás, tendidos,
[derribados,
pegados a la tierra en
esperan [paz al fin,
ya no sé qué.

Pero, sin embargo, la espera está latente, porque:

Entre tanto,
es verano otra vez,
y crece el trigo
en el que fue ancho
[campo de batalla.

Dentro de una línea política concreta que hace su aparición en poemas como «Discurso a los jóvenes», presidida por una clara intención didáctica, se encuentra «Grado elemental». Fruto de su experiencia pedagógica, de la contradicción que lleva en sí todo magisterio, el poeta quiere hacerse entender al revés, subvirtiendo todos

los valores establecidos. Para ello se elige el tono pomposo y doctoral, y las lecciones se tiñen de una ambigüedad e ironía que golpea a lo tradicional:

En nombre de esos va-
[lores fundamentales
y de otros menos coti-
[zados,
algun debe hacer algo
para evitarlo.

«Palabra sobre palabra», el cuarto libro del poeta, incide sobre el amor que había hecho

su aparición en «Aspero mundo». «Si fuese Dios —se pregunta el poeta—, haría un ser exacto a ti». Pero, volviendo a la realidad y reconociéndose solamente poeta, «espía de palabras»:

Busco
el término huido,
la expresión inestable
que signifique, exacta,
[lo que eres.

Con «Tratado de urbanismo», Angel González llega a la madurez de sus recursos expresivos dentro de un tono narrativo, evocativo y coloquial. En él se funden también sus dos vertientes poéticas: la nostálgica y la crítica. Como «Grado elemental» pretende ser un tratado, un estudio, un acicate para los demás; una reflexión, una lucha entre la ciudad —«Ciudad uno»—, cualquier ciudad real, y la ciudad —«Ciudad cero»— soñada.

En la primera parte se hace un examen minucioso a la ciudad, a su vivir cotidiano, establecido. Su descubrimiento le lleva a comprender la inutilidad de cuanto ha visto, la desgarradora soledad que encierra el vivir cotidiano y en sociedad:

Porque se tiene conciencia de la inutilidad de
[tantas cosas/
a veces uno se sienta
tranquilamente a la
[sombra de un árbol./

El libro se enriquece con un «Intermedio de canciones, sonetos y otras músicas» para pasar después a evocar la ciudad perdida en una revolución, «luego de una guerra», y para terminar con:

Este miedo difuso,
esta ira repentina,
estas imprevisibles
y verdaderas ganas de
[llorar.

Con «Tratado de urbanismo», creemos, se cierra un ciclo en el quehacer poético de Angel González. Su siguiente aparición, «Breves acotaciones para una biografía», supone una cierta libertad temática y formal en relación

con los libros anteriores. Así, el juego surrealista de «Eso era amor»:

Le comenté:
—Me entusiasman tus
[ojos.

Y ella dijo:
—¿Te gustan solos o con
[rimme]?

—Grandes,
respondí sin dudar.
Y también sin dudar
me los dejé en un pla-
[to y se fue a tientas.

Y así, con «Procedimientos narrativos» hemos llegado al final de «Palabra sobre palabra».

Libro de una gran unidad, tal y como corresponde al concepto vigilante de su autor, «Palabra sobre palabra» constituye hoy un verdadero hito en la poesía española de posguerra. Síntesis de un tiempo difícil, donde el prosaísmo y el tecnicismo han invadido todos los rincones; síntesis del desajuste entre la realidad y el deseo, «Palabra sobre palabra», con los pies posados en la tierra, diario del cotidiano vivir de un hombre de nuestro tiempo, comporta una aventura poética necesaria para todos. Un libro imprescindible. ■ JOSE ESTEBAN. Foto: COLITA.

La novela por entregas, ¿una estafa moral?

La atención creciente de los historiadores de la cultura española del siglo XIX hacia el fenómeno de la novela por entregas, visible en la producción historiográfica de los últimos años, viene arrojando como balance provisional dos tipos de estudios. Consiste el primero en aquellos que tratan de encontrar la significación del género en el marco de las ideologías del siglo XIX, por medio de un estudio cualitativo que pone de relieve este o aquel aspecto de una corriente literaria, mediante una acumulación de datos, que

sirve de soporte a la tesis inicial. Tal sería el caso de los diversos trabajos en que, con más o menos precisión, Iris Zavala ha puesto de relieve el posible contenido socialista de la obra de Ayguales de Izco, y la influencia que sobre todo el período, en autores y editores, ejerce el boom europeo de Eugenio Sue. Otro tipo de análisis se dirige, más que a un autor o influencia particular, al régimen de producción de esa paraliteratura que es la novela por entregas, desplazando el punto de mira del discurso literario al libro como mercancía, por entender que justamente la novela por entregas constituye un género literario en que tanto los aspectos formales como por propio mensaje ideológico se encuentran básicamente determinados por la subordinación a un determinado proceso de comercialización, que tiene como momento fundamental «la entrega».

En esta segunda línea, conocimos algún avance del trabajo, todavía inédito, de Jean-François Botrel sobre la producción de novelas por entregas en el último tercio del siglo XIX, y ahora nos llega, anticipando asimismo ulteriores desarrollos, el libro de Juan Ignacio Ferreras, *La novela por entregas, 1840-1900* (Taurus, 1972). Estudio que, si hemos de creer a un «plan general», que sin otra presentación reproduce su página novena, forma parte de un conjunto de diez trabajos destinados a reconstruir la historia de la novela española en el pasado siglo.

Dos son, creemos, las principales aportaciones de la obra de Ferreras. En primer lugar, el apuntado desplazamiento metodológico, dirigido a sustituir un conocimiento, que aquí sería insuficiente, reducido a temas, influencias, etcétera, por un planteamiento global en que la atención del investigador se centra sobre las «estructuras mediadoras», que dan forma